

edificio, todo de piedra, que data de los últimos años del siglo pasado. Dirigió la construcción el arquitecto D. Manuel Tolsa, á quien debemos otras obras notables de México, como el templo de Ntra. Sra. de Loreto y la estatua ecuestre del rey Carlos IV. La solidez con que fué construido y acertadas obras posteriores que en él llevó á cabo el ingeniero Sr. Villard, lo salvaron de la ruina que estuvo á punto de causarle un hundimiento parcial del subsuelo. Llama la atención ver como se han soterrado en parte sus muros, sin que la más leve grieta apareciese en ellos ni se desnivelasen sus hermosas columnas.



ESCUELA DE INGENIEROS Y MINISTERIO DE FOMENTO

La fachada, de orden dórico, es severa á la par que elegante. Las columnas, estriadas y sin pedestal, sostienen un cornisamento de líneas sencillas, pero estéticas, y forman un todo armónico de tanta belleza arquitectónica que recuerda los grandes monumentos de la antigua Grecia, especialmente el Partenón, de cuyo soberbio intercolumnio tiene la grandeza y majestad.

El interior corresponde al exterior del edificio. Graciosas arcadas sostienen aquellas amplias bóvedas, y escaleras sencillas, pero de gusto delicado, dan acceso á la multitud de departamentos en que se halla dividido; mientras que el pincel del inspirado Jimeno contribuyó á embellecerlo, dejando en los techos hermosas pinturas al fresco como recuerdos artísticos de su talento.

En la Escuela de Minas está hoy instalada la de Ingenieros, dotada de un observatorio astronómico y meteorológico, con una biblioteca que posee más de seis mil volúmenes y gabinetes de Mineralogía, Geología y Paleontología. También ocupa una parte del edificio el Ministerio de Fomento con todas sus dependencias y una gran imprenta, propiedad de dicho Ministerio, con buenas máquinas modernas y gran acopio de materiales.

En el ancho y elegante vestíbulo, y colocados sobre soportes de hierro, se encuentran cuatro enormes aerolitos, de los cuales tres parecen ser pedazos de uno mismo, pues fueron hallados en 1581 por Antonio de Espejo en lugares rela-

tivamente inmediatos del Estado de Chihuahua, y tienen la misma constitución de los *holosidéreos*. Por su tamaño son muy notables; alcanzando el peso de 14.414, 6.767 y 3.325 kilogramos respectivamente.

El cuarto meteorito pesa tan sólo 780, es de la misma clase y fué descubierto en Zacatecas el año 1792, debiéndose la conducción á México de todos ellos al Sr. Antonio del Castillo.

La Escuela de Ingenieros es digna por todos conceptos de ser visitada, y aconsejamos al forastero, amante del arte y de la ciencia, no deje de penetrar alguna vez en tan soberbio monumento.

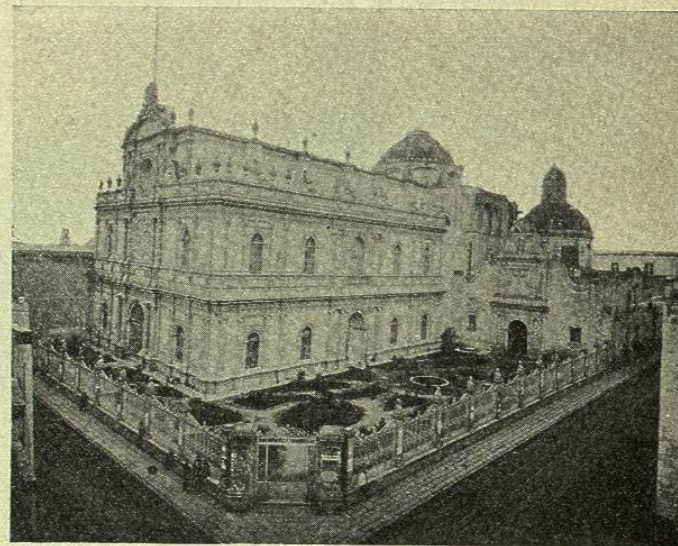
## VI. — Biblioteca Nacional

En los monumentos del tiempo de los españoles, que se conservan en México y datan del siglo XVIII para adelante, se nota, á excepción de la Escuela de Minas y algunos otros, la influencia del extravagante gusto de Churriguera, el Góngora de la arquitectura; pero en los de época anterior, las líneas rectas de aspecto serio y las graciosas curvas de los arquivadros, forman un conjunto de grandeza que impresiona el ánimo, aunque no siempre se encuentre en ellos un orden arquitectónico puro.

Tal sucede en la Biblioteca Nacional, donde se observa una amalgama de estilos que prestan á su fachada agradable variedad sin que se perjudique la unidad del conjunto. Se compone de tres cuerpos: el primero es de estilo jónico y termina en un cornisamento majestuoso y agraciado con una orla de finas labores que recorre el edificio; el segundo es del mismo estilo con felices variaciones, interrumpido en el centro por cuatro columnas salomónicas que encuadran un artístico bajo-relieve representando á S. Agustín. En el tercer cuerpo las columnas están sustituidas por cariátides, y por último, termina la fachada con un frontis semicircular y un precioso remate donde el cincel hizo maravillas.

Este edificio es de piedra y fué construido para templo de San Agustín, dedicándose el año 1692. Ocupa la esquina de las calles San Agustín y Tercer Orden. El presidente Juárez estableció en él la Biblioteca por Decreto de 30 de Noviembre de 1867, formándose con los volúmenes que poseían las de la Universidad, Colegio de Santos, Catedral y otras de varios conventos de religiosos.

El interior es espacioso y se halla decorado en armonía con el objeto á que hoy se le destina. En la nave principal, donde está el salón de lectura, se colocaron entre los arcos de las capillas y sobre pedestales, grandes estatuas de yeso representando á Valmiky, Confucio, Isaías, Homero, Platón, Aristóteles, Cicerón, Virgilio, San Pablo, Orígenes, Dante, Alarcón, Copérnico, Descartes, Cuvier y Humboldt. Entre éstas y cerrando aquéllas, se pusieron los estantes de cedro guardando doscientos mil volúmenes que posee la Biblioteca.

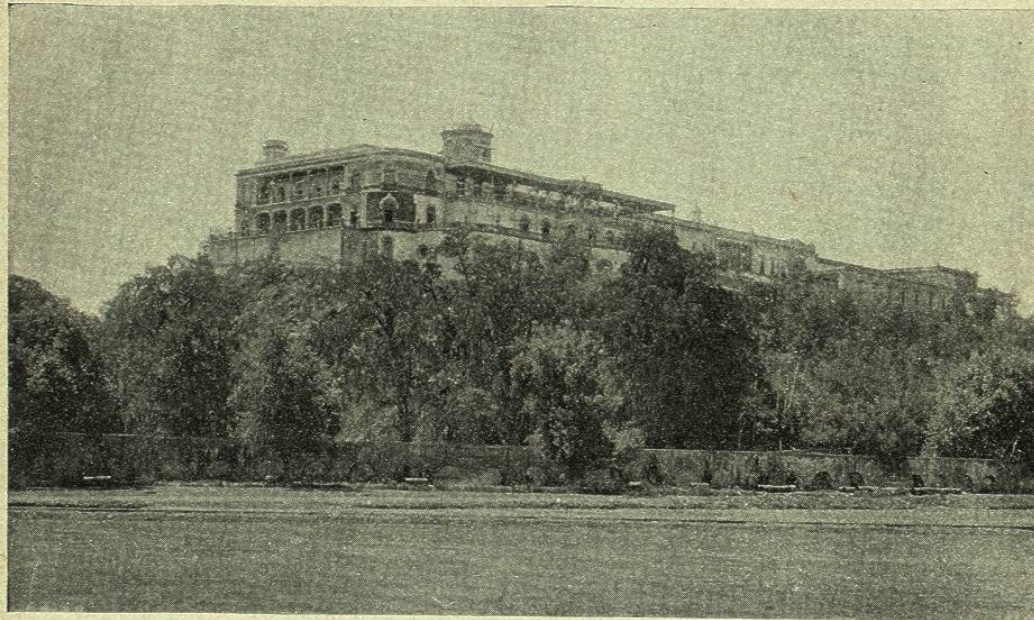


BIBLIOTECA NACIONAL

El estético edificio que acabamos de describir ligeramente está rodeado por un jardín y éste cerrado por una verja de hierro con pedestales que contienen los bustos en piedra artificial de veinte mexicanos ilustres, entre ellos Tezozomoc é Ixtlilxóchitl, cronistas aztecas, Netzahualcóyotl, el rey poeta, Clavijero y Alamán, historiadores, etc., etc.

## VII. — Castillo de Chapultepec

Cuando se cruza la extensa avenida que se conoce con el nombre de *Paseo de la Reforma*, sembrada de estatuas y monumentos notables, como los de Carlos IV, Cristóbal Colón y Cuauhtemoc, orlada de corpulentos eucaliptos y añosos álamos, se adivina al final de aquel camino, algo grandioso, algo sublime, algo que ha de ser digno remate de tan hermoso lugar de recreo. Y en efecto: en su término se eleva majestuoso, sobre una mole de granito que de pedestal le sirve, y rodeado por un bosque secular, el histórico castillo de *Chapultepec*.



CASTILLO Y BOSQUE DE CHAPULTEPEC

Aquel pequeño cerro formado por extraño amontonamiento de rocas, sirvió de refugio á los peregrinos aztecas cuando llegaron al valle de México ó *Anáhuac*, y en él construyeron algunas cabañas y fortificaciones, poco antes de ser esclavos de los *acollhua*. Más tarde, cuando libres ya fundaron la ciudad de *Tenochtitlán* (México), independientes y pronto poderosos, convirtieron aquel pobre cerro en punto de recreo y solaz para sus monarcas, edificando un palacio y construyendo bellísimos jardines, plantando los que hoy son viejos *ahuehuetes* y estableciendo lujosos baños y caprichosos saltos de agua. Los últimos emperadores aztecas sentían gran afición por este sitio, y Moctezuma II, en los postreros tiempos de su reinado, se hacía conducir todas las tardes, en hombros de sus vasallos, á Chapultepec, donde pasaba largas horas de meditación discurriendo por las umbrosas avenidas.

Las crónicas de aquellos tiempos dieron gran fama á los bosques de recreo de los antiguos mexicanos, y refiriéndose á ellos dice un historiador:

«Unicamente ha sobrevivido á la ruina de todos el grandioso y venerando bosque

de Chapultepec; esa emperatriz de las selvas, esa bellísima sultana de las florestas, que ostenta aún en su histórico recinto, lleno de recuerdos conmovedores, los gigantescos y majestuosos ahuehuetes, que los hace aún más venerables el encanecido y ceniciento parásito que cuelga en largas hebras de sus frondosas ramas, imprimiéndoles ese carácter de antigüedad que conmueve y cautiva».

Es uno de los más bellos lugares de México y que encierra, efectivamente, grandes recuerdos históricos. Entre aquellas enormes rocas y entre la sombra de sus añosos árboles, el susurro del viento remeda ayes y suspiros que parecen lanzados por un fantasma, el fantasma del último Moctezuma que vaga al rededor de sus jardines, como el espectro del último Abencerraje vagaba lamentándose por los cármenes de su pérdida Granada. Y en la alta noche, cuando todo es allí silencio y tinieblas, el tétrico fuego fatuo recuerda el cruento sacrificio de los heroicos mexicanos que dieron su vida en aquel lugar defendiendo su patria querida atropellada por el ambicioso yankee.

Sobre los cimientos de una vieja fortaleza mandada levantar por Hernán Cortés, edificó el virrey D. Matías de Gálvez, en el último tercio del siglo XVIII, un palacio para los virreyes, cuyo palacio, con aspecto de castillo feudal, fué modificado y embellecido durante el efímero imperio de Maximiliano de Austria. Los jardines también se desfiguraron, pero al embellecerse con el gusto moderno perdieron el matiz de la antigüedad. En aquellos duros peñascos que sirven de base al castillo, los barrenos del picapedrero rebajaron las orillas para ampliar las calles de los jardines, pero también destruyeron, entre otras preciosas antigüedades, magníficos relieves grabados en la roca viva por los aztecas, y de ellos no dejaron sino vestigios de muy poca importancia.

Una ancha rampa, abierta en la falda más accesible del cerro, permite la llegada en carruaje hasta el mismo castillo, y éste levanta sus poderosos muros sobre una amplia plataforma, desde la que se puede admirar el sublime paisaje del valle de México, que se extiende al pie de la histórica colina.

El interior del palacio está decorado con gran lujo y buen gusto, en armonía con el objeto á que está destinado ó sea á residencia veraniega del Presidente de la República. En sus grandes salones y galerías se ostentan finísimas alfombras y tapices de Gobelín, pinturas al temple, estilo pompeyano, y artísticos muebles de mármol rojo de Africa.

Una parte de este edificio lo ocupa el Colegio Militar, del que ya hemos hablado y cuyos alumnos pueden contemplar diariamente al pie del cerro la columna de mármol elevada á la memoria de sus heroicos compañeros que perecieron en el sitio del castillo cuando la guerra con los Estados Unidos del Norte. Aquel mausoleo es una muda lección de pundonor y patriotismo que estiman y aprecian los jóvenes alumnos dedicados á la noble profesión de las armas.

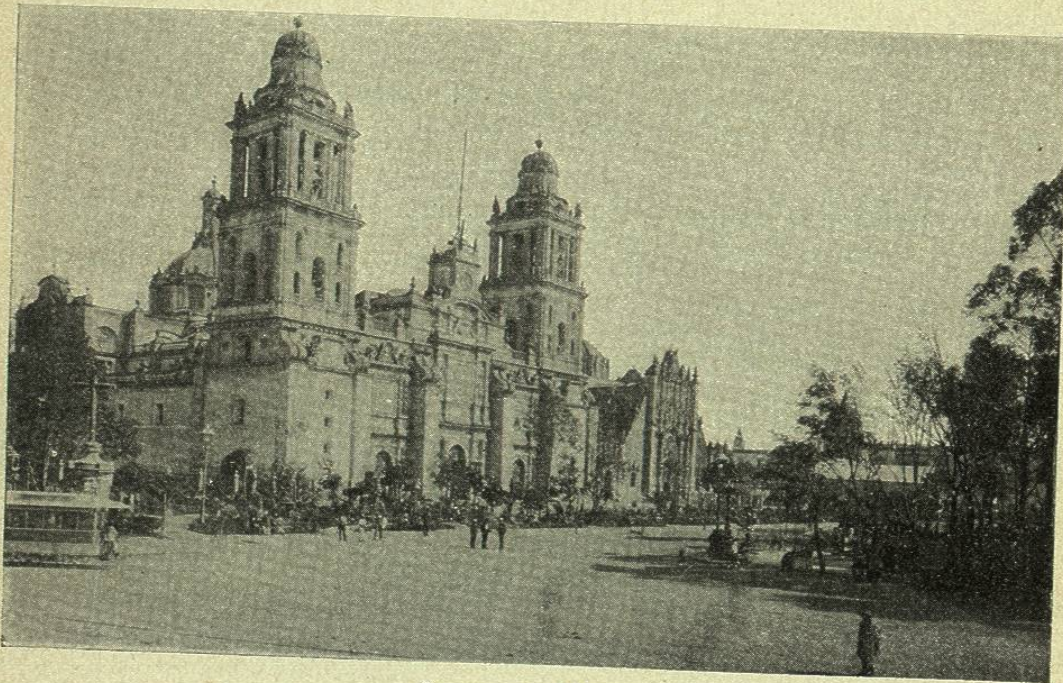
## VIII. — Templos. — La Catedral

Asombrosa es la cifra de los templos católicos edificados por los españoles en México, y que alcanzan á cuarenta y seis, sin contar los conventos transformados hoy en edificios particulares, ni pequeños oratorios y capillas que por todas partes en la ciudad se encuentran. Muchos de aquéllos son verdaderos monumentos arquitectónicos y todos son notables por su ornato, pudiéndose citar como principales *La Profesa* ú Oratorio de San Felipe Neri, Loreto, Santa Teresa, Santo Domingo, Jesús Nazareno y San Hipólito, que son templos de grandes proporciones, con artísticos altares, muchas y buenas pinturas en sus bóvedas y algunos lienzos notables.

Pero el poco espacio que nos resta en la presente sección de este libro, debemos dedicarlo á esa maravilla de arquitectura, esa joya artística de inapreciable valor que la piedad de cuatro reyes españoles costeó para que México contase con la primera catedral de la América latina.

El tétrico monarca Felipe II, el mismo que mandó edificar el maravilloso Escorial, ordenó que se derribase la antigua catedral de México, fundada por su padre el Emperador, en 1530, para sustituirla con otra que fuese por su grandeza y suntuosidad digna de la *Nueva España*; y tan magno fué el proyecto, que no alcanzó la vida del segundo Felipe para terminarla, durando su construcción los reinados de Felipe III, Felipe IV y Carlos II. Casi un siglo se invirtió en edificar esta basílica, pues habiéndose comenzado en 1573, no pudo terminarse hasta 1667, y eso sin las torres, las cuales duraron en construcción hasta principios del presente siglo.

La catedral se yergue imponente en la parte Norte de la gran plaza principal, en el mismo sitio que ocupaba el enorme *Teocalli* ó templo azteca, formando



CATEDRAL DE MÉXICO

ángulo recto con el Palacio de Gobierno, y tiene 130 metros de Norte á Sur por 61 de Este á Oeste, sin contar las dimensiones del *Sagrario*, templo unido á la catedral, pero que forma un cuerpo distinto de edificación muy posterior á la de aquélla.

«El interior — dice García Cubas, — de orden dórico con ciertas reminiscencias del gótico, que marcan el carácter de las construcciones españolas del siglo XVI, está formado de cinco naves, cuya altura decrece gradualmente de la central á las laterales, ocupadas por catorce capillas: veinte columnas estriadas sostienen arcos esbeltos y elevadas bóvedas, de las cuales las del centro, que en su conjunto forma una cruz latina, se hallan interrumpidas por una bellísima cúpula con pinturas al temple por el célebre Jimeno, y las cuales representan la Asunción de la Virgen, y en diversos grupos, los patriarcas y las mujeres más célebres de la Historia Sagrada.»

Algunas obras modernas que se hicieron en el interior del templo, revelan el poco gusto y hasta la ignorancia de quien las ordenó, pues desdican atrocemente del bello conjunto que presenta allí todo lo antiguo.

A un lado del altar de los Reyes, que es el más notable de cuantos encierra la catedral, se hallan depositados en una urna los restos de algunos héroes de la Independencia como Hidalgo, Allende, Aldama, Morelos y otros.

En la capilla de San Pedro están sepultadas las cenizas de fray Juan de Zumárraga, primer arzobispo de México, y del beato Gregorio López, que, según el autor citado, señalan algunos como hijo de Felipe II.

Encierra la catedral magníficos cuadros y hermosas pinturas murales; entre aquéllos una Virgen de Belem de Murillo, otra Virgen de Cortona y dos cuadros de Juan de Herrera *el Divino*; sobresaliendo como obra magnífica de arte el fresco de Jiménez, en la bóveda de la cúpula central, que es una maravilla de perspectiva y colorido.

El exterior de este monumento es grandioso y severo. Sus dos enormes torres tienen en conjunto un aspecto basto y pesado, porque su altura de 62 metros no corresponde á su ancha base y gruesos muros. Parece que el primer proyecto del arquitecto les indicase un cuerpo más de elevación y que por temor á los terremotos ó por otra causa cualquiera fuese suprimido al edificarlas.

Entre dichas torres está la fachada principal del templo, mirando al Sur, y formada por tres grandes portadas y dos cuerpos. Los órdenes dórico y jónico se armonizaron en éstos con verdadero lujo de molduras, estatuas y otros adornos de mármol. El mismo sistema se observa en las torres, cuyo primer cuerpo pertenece al más puro estilo dórico, mientras el segundo es jónico con algunos detalles compuestos.

Cada torre termina en una cúpula que se estrecha en su primer tercio, tomando forma acampanada, sumamente graciosa y esbelta, y que remata una esfera con cruz de piedra. En la cornisa del segundo cuerpo, de donde arranca la citada cúpula, hay colosales estatuas de granito representando los doctores de la Iglesia, cuyo detalle de ornato viene á armonizar con las que existen en el frontis central de la fachada, y que representan las Virtudes Teologales.

En suma, el conjunto de este edificio y sus severas torres es de notable proporción, gusto y afligrañado trabajo, como puede observarse en el grabado que publicamos de tan bello monumento, que permite ver también el *Sagrario*, cuya fachada churrigueresca es todo lo hermosa que cabe en tan raro estilo, desapareciendo sus bellezas esculpidas en la piedra tras una capa de prosaico yeso.

## IX. — Estatua ecuestre de Carlos IV

Los monarcas más recordados en la literatura de Europa y América, son los reyes católicos D. Fernando y D.<sup>a</sup> Isabel, pero son los más olvidados en la fiebre que domina al siglo actual por erigir estatuas á benefactores de la humanidad y á muchos que no lo fueron: que empieza á suceder, por desgracia, con los monumentos conmemorativos, lo que con las cruces y condecoraciones en los países que aun las conservan. Muchos son los condecorados y pocos los merecidos.

La hermosa estatua de Carlos IV, que embellece con su presencia el Paseo de la Reforma, inspira al que la contempla, si es amante de la justicia histórica, esta triste reflexión: ¡El monarca más pusilánime y que nada notable hizo en bien del Nuevo Mundo, vestido de César, orlada la frente con el laurel de las victorias y colocado, vis á vis, con el inmortal genovés que desafió los peligros de un mar desconocido para descubrir otro mundo!

Parece que entre ambos personajes se interpone la augusta sombra de Isabel I, protestando de que nos hayamos olvidado de la magnánima reina, á quien tanto deben la América y el mundo todo.

Nada en México recuerda los egregios protectores de Colón; ni un monumento, ni una mala calle siquiera que lleve sus nombres; pero en cambio, se conservan monumentos y nombres que impusieron algunos españoles, y otros que no lo eran, en honor de personajes que, si no hicieron mucho mal, tampoco bien alguno se les debe.

A la adulación del italiano Marqués de Branciforte, virrey de Nueva España, debemos el poseer la citada estatua ecuestre de Carlos IV, obra de arte, sin duda